

La tarea ética de la universidad

Reseña de Páll Skúlason, *A Critique of Universities: Reflections on the status and direction of the modern university* (Reykjavík: University of Iceland Press, 2015)

ISBN: 978-9935-23-073-7

ISSN 1989-7022

ILEMATA año 7 (2015), n° 19, 157-161

Con el fallecimiento de Páll Skúlason el 22 de abril de 2015, Islandia ha perdido uno de sus principales referentes intelectuales. Formado como filósofo moral con Paul Ricoeur, a cuya interpretación dedicó su tesis doctoral, Páll creó el Departamento de Filosofía de la Universidad de Islandia (junto con Thors-teinn Gylfason y Mikael M. Karlsson) y, además de dejar una extensa obra, fue durante muchos años Decano de la Facultad de Humanidades y Rector de esa universidad en el período 1997-2005.

Desde ese punto de vista privilegiado, Páll* fue consciente de las demandas que la sociedad contemporánea hace a las instituciones de educación superior, especialmente a una universidad pública y “nacional”, como es la de Islandia. Las universidades —se dice— son entidades difíciles de gobernar, refractarias al cambio y sin capacidad de adaptación o liderazgo, en parte debido a que están integradas por docentes que no rinden cuentas y permanecen cómodamente instalados en su torre de marfil, ajenos a la industria y a la empresa (14). Otro mensaje que se escucha repetidamente dentro y fuera de las universidades tiene que ver con la importancia que se concede a la investigación como motor, no sólo de la vida universitaria, sino también del crecimiento económico.



En su itinerario como rector, Páll se propuso demostrar que la universidad tiene una misión clara y que puede desempeñarla con dinamismo y responsabilidad, participando tanto en la discusión pública como en el tejido económico, y que el actual énfasis en la investigación a escala internacional no debiera hacernos desatender la ciencia básica, la docencia o el servicio a la comunidad. Limitarnos a fomentar la investigación por razones instrumentales puede ocultarnos su dimensión moral, que Páll asocia con "la búsqueda libre e incondicional de la verdad, como algo con sentido tanto para la sociedad humana en general como para nuestra vida profesional o privada" (20).

A menudo se entiende que la tarea de la universidad consiste en ejercer el pensamiento crítico para avanzar, preservar y transmitir el conocimiento en todos los campos de estudio. Fiel a aquella tarea, en este libro Páll pone a prueba esa presunción, preguntándose hasta qué punto la universidad contemporánea está a la altura de su misión. ¿Son las universidades hoy un lugar donde se puede enseñar, aprender e investigar? Para responder a esta pregunta, es necesario entender y hacer entender la tarea propia de la universidad, puesto que las universidades son un elemento importante en el gasto público (y privado) y su importancia social rebasa con mucho a la propia institución, que a menudo se entiende como un reflejo, modelo o caja de resonancia de la sociedad que la alberga.

Por pensamiento crítico Páll entiende "la clase de pensamiento que no acepta una afirmación o perspectiva sin haber examinado lo que supone y encontrado suficientes razones para adoptarla" (7); este es un tema presente en su discurso y actividad filosófica por lo menos desde la década de 1980 (Jack 2014: 59-60). De hecho, Páll considera que la capacidad de pensamiento crítico es la principal virtud de la vida académica, y tal vez la que más peligre hoy. Por ello en este libro sostiene que las universidades tienen que hacerse más autocríticas, reconsiderar sus políticas a la luz de los cambios que están sucediendo en el mundo actual, y "priorizar la dimensión ética del conocimiento en toda su actividad académica" (8). Páll está convencido de que ese es el camino a seguir por la universidad del futuro, pues los problemas sociales y ambientales que se avecinan requieren una combinación de conocimientos teóricos y prácticos que aún no hemos logrado, pero que sólo la universidad puede poner al alcance de la humanidad. ¿Quién sino?

Ahora bien, para saber si están en condiciones de llevar a cabo ese desafío, es necesario entender la relación entre las universidades y los estados en los que se han

desarrollado en un proceso que lleva extendiendo la educación superior a cada vez más sectores de la población por lo menos desde el siglo XIX. Ese es el objetivo del primer capítulo del libro, en el que Páll proporciona un esquema para entender las tres tradiciones universitarias fundamentales en Europa: el modelo francés, el alemán y el inglés.

En el segundo ensayo, Páll compara la arquitectura institucional de las universidades con la estructura del estado-nación por un lado, y con la de las empresas por el otro. Cada una de estas instituciones tiene una lógica distinta y no conviene confundirlas. Páll defiende que la universidad, entendida como institución educativa en su sentido tradicional, proporciona las condiciones de posibilidad de las otras dos esferas, la política y la económica; y que para ello necesita una forma especial de gobernanza que no puede identificarse ni con la de un estado ni con la de una empresa (51).

El tercer capítulo está dedicado al camino emprendido por las universidades europeas a partir del proceso iniciado en Bolonia. Páll distingue tres fines de la actividad universitaria —vocacional, teórica y general— y sugiere que el proceso de Bolonia ha dado más énfasis al fin vocacional de formación de profesionales para su integración en el mercado laboral, desatendiendo hasta cierto punto los otros dos. Además, la actividad teórica de generación y profundización de conocimientos se ha convertido en investigación, y esta a su vez se ha entendido fundamentalmente como investigación industrial o comercial. Pero esta se alimenta del mercado, mientras que la investigación académica se alimenta de una curiosidad que no se deja comercializar (63).

Otra cosa es que, como añadió Mikael Karlsson en una conversación que tuvo lugar en la Universidad del País Vasco, la mayor parte de los académicos no busque convertirse en pensadores originales o creativos, sino que se limiten a hacer lo que tienen que hacer —publicar artículos en las revistas adecuadas, etc.— para medrar en la escala académica (Bullen y Karlsson 2015: 30:00"). Es decir, la publicación científica también puede funcionar como un mercado al margen de su contribución al conocimiento. Precisamente porque buena parte del profesorado está en esa dinámica de *publish or perish*, la tarea ética de la universidad no puede realizarse sin el estudiantado, tal vez el estamento universitario menos presente en la reflexión de Páll. Para que las universidades promuevan el pensamiento crítico, el estudiantado tiene que ser activo, activarse y activar dinámicas de cambio.

La tarea ética de la universidad es desarrollada en los tres capítulos finales, en los que Páll (99) cita con aprobación a Ortega y Gasset (1930) cuando afirma que la tarea de la universidad estriba en proporcionar** ideas claras y firmes sobre el universo; “convicciones positivas sobre lo que son las cosas y el mundo —continúa Ortega—. El conjunto, el sistema de ellas, es la cultura en el sentido verdadero de la palabra; todo lo contrario, pues, que ornamento. Cultura es lo que salva del naufragio vital, lo que permite al hombre vivir sin que su vida sea tragedia sin sentido o radical envilecimiento.” Páll cree que las universidades son la pieza clave en la creación, transmisión y preservación de esa cultura que no es ornamento, pues siguen siendo el único “lugar de la erudición y el estudio [*scholarship*], que puede entenderse como la articulación y el desarrollo sistemático y colectivo de las ideas [*eidoi*] mediante el pensamiento crítico” (102). En ese sentido, la misión esencial de la universidad es facilitarnos (especialmente a los jóvenes, pero no sólo a ellos) la construcción de ideas que ayuden a orientarnos en la vida.

Las 109 páginas de este libro son de amena lectura y están al alcance de cualquier integrante de la comunidad universitaria, sea estudiante, docente o personal de administración. Por su brevedad, hay temas en los que el libro apenas puede profundizar, y un aspecto que tal vez no se aborde lo suficiente es el desafío planteado a la universidad tradicional por Internet. ¿Supone la masiva oferta de cursos *online* (MOOC) el fin de la universidad tal como la conocemos? Tras leer este libro sigo pensando que no. Si miramos a los *rankings*, las mejores universidades del mundo continúan siendo universidades fundamentalmente presenciales. Es necesario hacer valer el contacto cara a cara, porque permite dinámicas de tutoría e interacción aún imposibles en Internet, y no malgastar ese precioso tiempo de contacto entre estudiantes y profesorado en aquello que puede hacerse mejor *online*. Un modelo interesante es el conocido como “aula invertida” (*inverted classroom*), una distribución del tiempo en el que el estudiantado ve las clases magistrales en casa, por Internet, y emplean el tiempo presencial en consultas y diálogo con las profesoras y los compañeros de clase, trabajo en grupo, etc.

A mi juicio, lo que las universidades presenciales pueden y deben ofrecer no es información, ni siquiera formación en el sentido de instrucción: todo eso ya lo ofrece Internet de manera más fácil y barata. Lo que deben ofrecer para competir con Internet es justo lo que esta no posee: una experiencia de inmersión en una comunidad académica, que además es lo que tradicionalmente han ofrecido las universidades desde siempre. Esto nos lleva de nuevo al libro de Páll, en el que este reconoce que

su experiencia de la vida académica debe mucho a sus años formativos en Lovaina, en la cual pudo entender la universidad como el lugar donde diversas gentes que intentan comprender el universo y su propia existencia comparten una pasión por el conocimiento que les lleva a conversar, compartir y contrastar ideas (13).

Islandia no llega a los 330.000 habitantes, pero cuenta con 7 universidades. Su atractivo y presencia cultural en otros países mucho más poblados es más que notable. Académicos como Páll la han hecho cómo es; su legado continuará por muchos años, no sólo en el recuerdo de amigos y colegas, no sólo en las aulas y en las calles de Reykjavík, sino también en otras universidades de Europa.

Referencias

- Bullen, Margaret y Karlsson, Mikael. 2015. Hablantes Activos en la Universidad #1: Trayectorias Internacionales. Conversación entre Margaret Bullen (UPV/EHU) y Mikael Karlsson (U. of Iceland), <http://ehutb.ehu.es/es/video/index/uuid/55431264a781e.html>
- Jack, Róbert. 2014. A Naturalistic System: Páll Skúlason's Way of Relating to the World. In: Gabriel Malenfant (ed.), *Inquiring into Contemporary Icelandic Philosophy* (Reykjavík: University of Iceland Press, 2014), pp. 57-69.
- Ortega y Gasset, José. 1930. Misión de la Universidad. En: *Obras Completas*, vol. IV, pp. 313-353 (Madrid: Alianza, 1987).

Notas

- * Siguiendo el uso islandés, me refiero al autor por su nombre de pila. En Islandia, los apellidos son patronímicos estrictos y no se utilizan por separado para nombrar a la gente.
- ** Sustituyan "proporcionar" por su verbo favorito, puesto que el trabajo universitario (en nuestros mejores momentos) incluye —pero no se limita a— presentar, reconstruir, imaginar, deconstruir, criticar, añorar, justificar, contagiar y hasta citar esas ideas...

Antonio Casado da Rocha
(UPV/EHU)